

Vino añejo de las leyendas nortinas

MARIO BAHAMONDE

“Padre Apacheta, aquí te traigo estas hojas de coca y estas lanas teñidas porque con ellas se alivia y se abriga la vida que tú nos das en estas alturas. Ayúdame también en mis trabajos.”

(Invocación aborígen).

La leyenda es la poesía del tiempo. Sus relatos están animados por una hebra de fascinante belleza, que alienta un extraño deseo de verdad. Nos gustaría, al escuchar un relato, que la fantasía de su vida fuera una verdad madura a lo lejos del tiempo. Porque sin tiempo no hay tradición; y, sin tradición, tampoco sucede esa distancia a lo lejos de los años que prestigia el sabor oculto de la leyenda.

En toda la zona norte de Chile las hay. Permanecen dormidas entre esos pequeños valles vegetales, escondidas por la inmensa soledad del desierto. Y como los riachuelos diminutos de esos valles, hacen correr el tiempo con su cantarina voz líquida. Las leyendas de Toconao, por ejemplo, al interior de San Pedro de Atacama, tienen el sabor de su vino aborígen y generoso. Tienen sustancia de la tierra dulce y contenido de sol añoso. En cambio, las de Matilla, junto a Pica, en la inmensa pampa de Tarapacá, o las de Putre, en los aledaños cordilleranos de Arica, contienen un sigiloso misterio destilado de los siglos con que la vida se arrinconó en esos lugares. Y las de Paposo, en las playas nortinas de Taltal, o las de Punta

Gruesa, en el margen ribereño de Iquique, hacen sentir el poder de una fuerza tentadora y cruel, lindante con la muerte o el sacrificio. Pero de un modo u otro, en toda la zona norte del país corre el vientecillo añoso de las leyendas, revolviendo anhelos y escarmentando malas ambiciones.

Y, como es lógico, traducen el saber popular. Un saber ligado a la tierra y a sus historias. Tal como si conservaran el archivo de ese lugar y la herencia de los sucesos inscritos en sus piedras. Y tal vez sea este saber popular el mejor camino para lograr una comprensión de nuestras leyendas, con respecto a su antigüedad y a su motivo tradicional.

Los Pueblos de Cazadores.

La vida primitiva de esta zona, según los vestigios encontrados y estudiados por la Antropología y la Arqueología, remonta a los diez mil años. Lejana distancia si se compara, por ejemplo, con la llegada de Colón a América, o más remoto aún, con el nacimiento de Cristo. Pero esta vida primitiva debió tener una fisonomía muy diferente a la que hoy muestran nuestros pueblos aún más atrasados y aparentemente detenidos en su primer crecimiento social. Debieron ser, quizá, pequeños reductos humanos, arrinconados allí donde el agua permitía la vegetación y donde ésta favorecía la vida de los animales. Y entre los animales estaban estos hombres, cuyo mirar oscuro se alternaba entre la caza propicia a sus flechas toscas y el temor a las cosas que lo rodeaban. Porque ese hombre primitivo era apenas un animal temeroso que sólo sabía atacar y defenderse.

El nombre de los lugares que habitó nació después, cuando el desarrollo de su habla le permitió distinguir y señalar cosas. Y estos nombres fueron, por ejemplo: Amasaca, cerca de Codpa; Ancollo, en el valle de Lluta; Ausípar, en el valle de Azapa y cerca de Livilcar; Caquena, en el lado oriental de Parinacota; Chacha, al sur de Arica y cerca de Codpa, cuya palabra significa "pasada sobre el río" y que unió su elemento lingüístico para formar otros nombres: Chacalluta, Chacanay, Chacansi, etc.; Chapiquiña, hacia el nacimiento de la falda de Los Andes cerca de Socoroma; Chungara, con su belleza de serranía cordillerana y su lago azul y frío, de contornos montuosos; Guaitatire, cerca de Ticnamar; Huamacata, cerca de Livilcar, y cuya pa-

labra traduce la idea de “cabeza cubierta”; Pachama, en la precordillera, y cuya partícula “pacha” se repite en tantos nombres: Pacha (Pisagua), Pachacama, Pachagua, Pachamama, Pachía (Tacna), Pachica (Pisagua y Tarapacá); Sacsamar, que parece decir “lugar de abundancia”; Vilavila, cuyo nombre se repite en Lluta y en Pisagua, cerca de Camiña, y cuya idea parece decir “mucho sangre”. Y esto, nada más que en la zona de Arica, porque hacia Pisagua los nombres fueron otros: Ancocollo, con su hermoso vallecito cerca de la aldea de Corsa y de Coñaguasa; Apamilca, en la misma quebrada de Pisagua, donde se estrecha el valle; Ariqueña, donde el maíz crece generoso; Canchisa, al oeste de Camiña y cerca de Canchispampa y de Chullucagua; Cariquima, al sur de Isluga; Conanosa, en la quebrada de Camarones, al oeste de Cuya; Cuisama, en la quebrada de Pisagua, cerca de Camiña; Chapiquilta, que otros llaman Chapilcuta, también cerca de Camiña en la misma quebrada de Pisagua; Chisa, con su larga quebrada que se prolonga desde Los Andes y corre a desembocar en el río Camarones un poco antes que éste llegue al mar... ¡cuando llega!; Chupicilca, a corta distancia de Conanosa, en el valle de Camarones; Guancarane, en la parte superior de la quebrada de Camarones, cerca de Pachica, donde los rastros indígenas guardan el secreto de un arcano aborígen; Suca, una de las grandes aberturas que cortan el territorio de Pisagua desde la base de Los Andes y que empieza un poco al sur de Miñimiñi; Tiliviche, con el tajo profundo de su quebrada; Yalamanta, cerca de Calatambo, en la parte oriental de la quebrada de Pisagua. Y esto nada más que en la zona de Pisagua, porque sería largo anotar todo Tarapacá y Guatacondo y Quillagua y Chiu-Chiu y Atacama y Toconao y Socaire, todo esto aún tan lejos de Copiapó.

En todos estos lugares anidó sus hondas raíces la vida humana, y el hombre, animal temeroso, amó y temió a sus lugares y, con su mirada oscura, trató de explicarse el porqué de las cosas que lo rodeaban. Y así nacieron muchas leyendas en cada lugar.

Su evidente antigüedad las amarra con fuerza a un localismo estricto. Son leyendas solamente de ese lugar y su contenido no podría esperarse en otro. Por ejemplo, las leyendas del Licancaur, palabra que en lengua aborígen significa “la montaña que habla”. Todos sus relatos sólo podrían esperarse ahí, en

el Licancaur. Otro tanto sucede con las leyendas de los Pallachatas, que en lengua aymará quiere decir “los mellizos”, para significar la igualdad de ambos cerros hermanos.

Además de este localismo, se acentúa el sentido explicativo del mensaje, tal como si se tratara de justificar el porqué, por ejemplo, del repetido despertar primaveral de una flor roja que simboliza el corazón sangrante; el porqué de una piedra muy significativa dividida en tres partes; el porqué de una laguna aparentemente injustificable en ese lugar; o la causa de una caverna cuya presencia nos hace pensar en quizás qué misterios de las entrañas de la tierra.

Tal vez así se justificaron los elementos del paisaje circundante en la pequeña mentalidad del hombre primitivo y, después, la poesía de la imaginación creó el relato en cuyo correr de boca en boca creció la leyenda. Por lo mismo, para creerlas y apreciar la verdad que ellas encierran, es necesario sentir la presencia de ese lugar con toda su fuerza telúrica y soportar el sobrecoimiento que pesa en nosotros cuando nuestra pobre vanidad humana enfrenta el espectáculo de una naturaleza sin límites.

Un ejemplo claro es éste:

Leyenda del Licancaur:

El Licancaur, “la montaña que habla”, según el lenguaje primitivo, se levanta imponente y macizo frente al valle de San Pedro de Atacama. Sus laderas son abruptas y agrietadas de tal modo, que dejan profundas quebradas. Pero a cada banda de estas quebradas se extienden plataformas de suave planicie. Aquí vivieron los hombres primitivos, cazadores de animales y recolectores de plantas, defendidos en estas cumbres abruptas. Pero, si les era fácil cazar, también les era difícil vivir, porque el viento y la lluvia los azotaban con más furia. Sin embargo, lo peor de estas laderas es que no tenían cómo guardar y conservar a sus muertos, porque la tierra, con su dureza pétrea, no permitía excavaciones y tenían que contentarse con abandonarlos más arriba, en la intemperie de unas cavernas, al simple cuidado de las parinas. Porque eran las parinas las encargadas de cuidarlos: por algo el viento les había permitido bañarse en el sol del atardecer y guardar sus colores en el plumaje.

Esto hacía que los hombres que vivían en aquellas plataformas del cerro se sintieran descontentos. Y, para calmar su angustia, consumaran el rito del sacrificio y mataran cada vez a la más bella joven de la tribu. De este modo, la muerte y el dolor nunca terminaban.

Pero un día, el hombre más fuerte de la tribu desafió al viento y empezó a caminar hacia la cumbre del Licancaur, que nadie había subido todavía. Y la lucha comenzó inmediatamente, pues a medida que el hombre se afanaba en subir, con más fuerza el viento intentaba vencerlo. Y tal fue la lucha entre el hombre y el viento, que se oscureció el cielo y la tierra empezó a temblar.

Sin embargo, a pesar del azote despiadado, el hombre venció y conquistó la cumbre. Entonces, cuando ya creía haber asegurado su triunfo, inmediatamente las nubes se cerraron sobre la cumbre y empezó a llover, tal como si ahora fuera la lluvia la que se empeñara en destruirlo. Esta nueva lucha entre el agua y el hombre se prolongó por varios días y sus torrentes formaron enormes cascadas que inundaron la tierra. Pero tampoco el hombre se dejó arrebatar la cumbre.

Entonces, amaneció otro día en que ya no había nubes que engeguencieran la cumbre del Licancaur y, en cambio, se había formado allí un hermoso lago, junto con la residencia estable de las parinas. Y desde entonces, a la orilla del lago, junto con la vida de las parinas, fue posible que guardaran a sus muertos y con ello la vida les resultara más estable.

(Recogida por el autor, en Catarpe, cerca de San Pedro de Atacama)

Además del localismo, hay otro elemento importante y, quizás, fundamental: el hombre primitivo, cazador de animales y recolector de plantas, no tuvo una comprensión muy clara de las cosas y, por lo mismo, sus leyendas son frecuentemente confusas. Por ejemplo, tal sucede con la siguiente, que trata de explicar los continuos cambios de lugares de los pueblos primitivos.

Leyenda del Químal:

En Toconao cuentan la leyenda de las tres ciudades sagradas... y dicen que hubo tres ciudades en esa tierra cuando los abuelos eran más fuertes: una era Toconao, que en lengua kunza significa "rincón perdido"; la otra "está" en el cerro Químal; y la tercera "se escondió" hacia la meseta de la cordillera. Como la tercera "se escondió", sólo quedaron dos. Pero de ambas sólo sobreexiste Toconao. La ciudad del Químal se ocultó sin perderse, porque en ciertos días del año aparece y se ve claramente situada en la cumbre del cerro. Entonces es posible observarla desde distintos lugares. Y ahí se ven de nuevo sus grandes construcciones pétreas envueltas en una luz de fuego. Y aparecen sus grandes árboles y todo lo que ella contiene. Así se queda visible para todos por mucho tiempo sin que sus formas pierdan la realidad. Hasta que alguien, atraído por su fantasía, quiere subir a tocarla. Y sólo entonces torna a desaparecer, hasta que las condiciones de tranquilidad le vuelven a ser favorables. Aparece y desaparece, como la ambición humana. Así dicen...

(Leyenda tradicional en la zona de Toconao)

Los Pueblos Agricultores:

Un día de los siglos remotos estos pueblos de cazadores se convirtieron en agricultores. Hoy no es posible decir cuándo fue ni cómo llegaron a este cambio tan hondo en sus vidas. Pero sí es evidente que todo se transformó. La vida les resultó más pródiga y hasta más generosa; se hicieron más hábiles y el cambio de sus costumbres les ambientó lentamente el pensar y el creer.

Pero también es evidente que este cambio no se operó simultáneamente en todas partes y, por un lapso muy grande, los hombres de otros lugares siguieron siendo los primitivos cazadores, con las consiguientes diferencias y luchas en sus vidas. Tal se explica en este relato:

Leyenda de Los Camanchacos:

Cuentan los antiguos que en la costa sur de Ique-Ique, pues así llamaban a lo que hoy dicen Iquique, vivían allí Los Ca-

manchacos. Este era un pueblo chango, de vida costera, que se sustentaba de pesca y de su pequeña caza. Un pueblo pobre, como todos los que habitaban estas costas.

La vida les resultaba monótona porque siempre eran las mismas tareas y afanes. Dominaban todas las artes marineras, desde la ola hasta el mar hondo y, además, sabían salar y ahumar pescado. Pero por encima de todo esto, dominaban la camanchaca, en cuya sombra blanca podían esconderse y sorprender a la caza, aunque ésta fuera entre los abruptos peñascos de la cordillera de la costa.

Pero envidiaban a los agricultores de los valles interiores porque ellos vivían mejor y tenían más cosas para cubrirse y para satisfacer su existencia. Tanta era la envidia, que pasaban añorando tener lo que aquéllos tenían.

Por eso, todos los años pasaban preparándose para “el gran día”. Se preparaban físicamente y procuraban ser diestros en el correr y en el luchar. Y “el gran día” era aquél en que la camanchaca subía hasta mucho más allá de las cumbres. Porque había una fecha en el año que sucedía así: la camanchaca empezaba a subir de tal modo que, rápidamente, abarcaba grandes extensiones de la pampa, aun allá arriba en el Tamarugal.

Y ese “gran día” Los Camanchacos se envolvían en las sombras de su camanchaca y corrían a la misma velocidad de ésta, hasta alcanzar a los pueblos del interior y, envueltos entre esas sombras, sorprendían a los moradores de los valles agrícolas y les quitaban cuanto podían. Después de reunir su botín y antes que la camanchaca aclarara los senderos, regresaban cargados con todo lo que habían conseguido. Así calmaban la envidia que los atormentaba y saciaban por mucho tiempo sus deseos, según lo que hubieran logrado. Pero conseguían algo más: conseguían dejar entre los moradores de los valles un vago temor. Y era fama que por todas partes se escuchaba decir: “¡Cuidado, que vienen Los Camanchacos! . . .”

(Recogida en Pica por Lautaro Núñez,
arqueólogo de la Universidad del Norte)

La convivencia primitiva debió ser así: ensombrecida de temores y oprimida por la angustia de las sorpresas que les deparaban el constante acecho de los unos contra los otros. No

existían los pueblos, tal como hoy los entendemos, sino apenas pequeños grupos que recibían su denominación según el lugar donde moraban. El vocablo Chuquicamata significa “tierra de los indios chucos” y la palabra Guatacondo significa “los que viven en la quebrada”. Los primeros eran hombres fuertes, que orillaban el río Loa desde Chiu-Chiu (“muchos pájaros”) hasta las vegas de Calama, lo cual significa “brotes o reverdecen”; eran hombres que dominaban el arte de la minería y sabían endurecer los metales. Y el segundo era un pueblo agrícola, de pacífica raíz vegetal, que no se interesó sino hasta mucho después por la dorada escamilla aurífera que lavaron en los riachuelos desde antes de la Conquista.

Esta idea del temor está presente en casi todas las leyendas de épocas primitivas y unas veces divide a los grupos humanos, pero, en cambio, otras los une para resistir mejor sus embates.

Leyenda de Socaire.

Según este relato, los hombres de Socaire eran los más solitarios de todas estas regiones precordilleranas donde se anidó la vida, porque los separaba una gran distancia desértica de todos los demás. Un generoso hilillo de agua regaba la tierra y en sus orillas se reunían los hombres a realizar las tareas de sus modestas vidas. No eran muchos los que componían la tribu y, a pesar del enorme desierto que se extendía hacia todos los confines desde Socaire, acostumbraban a dispersarse para que la caza les fuese más fácil.

Nada los atormentaba porque el agua del riachuelo era generosa y la tierra les regalaba una buena vida. Salvo que a veces los cerros del frente, en medio de la maciza cordillera, solían enfurecerse y hacían temblar a toda la extensión. Tal era la fuerza de los temblores que ellos caían al suelo azotados por el pavor.

Para calmar a los cerros decidieron apelar al rito del sacrificio y lo cumplieron con la mejor de sus muchachas. Pero todo fue en vano porque la tierra siguió enfurecida. Entonces repitieron el sacrificio; pero los cerros repitieron a su vez su furor hasta que un día deliberaron y descubrieron cuál era la causa de ese mal.

Desde ese día se reunieron todos los años en una fecha propicia y, después de ejecutar sus bailes religiosos, cada uno

de ellos le dio a la tierra lo mejor de sus comidas. Cada uno tenía la obligación de regalarle a la tierra el tributo de su parte generosa porque, así lo descubrieron ellos, eran los muertos los que enojaban a los cerros para que éstos temblaran porque nunca recibían el recuerdo de sus familiares vivos.

Desde entonces y hasta ahora, en Socaire cada año los vivos comparten con los muertos la ofrenda de sus comidas, las que echan a la tierra ceremoniosamente.

(Recogida por el autor en la misma localidad).

El desarrollo de los pueblos agrícolas fue lento y secular. Algunos crecieron más que otros porque el valle o la quebrada o el río fueron más pródigos. Pero el progreso efectivo sólo se notó cuando la influencia incaica llegó a todas estas tierras.

Los incas dominaron, pero también organizaron y enseñaron. El hombre lugareño fue sometido, pero también fue orientado hacia mejores disposiciones en el trabajo y en el rendimiento de sus labores. Sin embargo, nada pudo evitar los roces naturales del contacto y de ahí nacieron nuevas costumbres, nuevas creencias y otros relatos diferentes. Por ejemplo:

La Leyenda de los Pallachatas

En la extensa región de Putre, lejos, al interior de Arica, hay dos hermosos cerros que son conocidos como los Pallachatas, es decir, "los mellizos".

Según la leyenda, estos cerros no existían hace muchos siglos y el espacio que actualmente ocupan era una enorme e inhospitalaria planicie rodeada de pequeños cerros, donde se paseaban los vientos encontrados de las tierras altas y sus furias la hacían inhabitable. Sin embargo, a pesar del azote constante del vendaval, vivía allí una vieja india que, aunque era el terror a muchas jornadas a la redonda, nadie podía aseverar que había hecho algún daño. La llamaban "la Bruja Palla", que en aymará quiere decir "la Bruja Doble", porque cuando la divisaban desde lejos parecía que eran dos personas en vez de una y, también, aseguraban que cuando ella lanzaba una piedra, siempre caían dos.

Tampoco nadie podía precisar la edad de la vieja y sólo se limitaban a repetir lo que habían oído de sus antepasados, porque ella ya había sobrevivido a muchas generaciones. Y

contaban que, cuando joven, había sido la mujer más bella de toda la comarca y, aun, entre todas las tribus de la región. Decían que había sido la esposa de un apuesto jefe indio y que su desgracia se debía a que sus hijos siempre habían sido mellizos, lo que entre las tribus era de mal agüero. La primera vez su marido, el jefe indio, que la adoraba entrañablemente, sacrificó a uno de los mellizos ocultando su cadáver, para librarla del sacrificio a que estaba condenada si se descubría el hecho. Pero la segunda vez ya no se atrevió a repetir el sacrificio y tuvo que denunciarla a la comunidad. El castigo que le correspondía consistía en llevarla al centro de la planicie, amarrarla a una estaca de su misma altura y dejarla abandonada por nueve días con sus noches, sin comer ni beber. Si resistía esta prueba, se le perdonaba la vida; pero debía permanecer y vivir sola, sin contacto con ningún ser viviente. Así soportó “la Bruja Palla” un sinnúmero de años, sin que nadie se preocupara de ella, hasta que un día un hombre de tierras extrañas llegó al lugar y, cuando la vio, insistió en permanecer con ella en la choza, por ocho días, para descansar y esperar a su gente que lo alcanzaría. Fue en vano que le advirtieran el castigo a que ella estaba sometida porque su insistencia fue superior.

Cuando entró a la choza y miró a la mujer en la intimidad de su interior, ésta se quedó parada contemplándolo con cara de asombro. Entonces el hombre extraño, para hacerse entender, le pidió que le refiriera la causa de su vida solitaria y del temor que infundía a los lugareños. Y “la Bruja Palla” empezó su relato con su destemplada voz de vieja, la que, de pronto, y por un impulso extraño, empezó a rejuvenecer. Pero súbitamente el hombre observó con extrañeza que el arrugado rostro de la mujer también recobraba su juventud. Y sus ojos, antes inexpresivos, cobraban el brillo y la viveza de su fuerza nueva. Todo en ella cambió, sus cabellos, sus manos, sus gestos y su agilidad. Y volvió a ser la india joven, linda y lujosamente ataviada, a la usanza de su juventud. ¡Ah, con qué admiración la miraba el hombre!

Al día siguiente, Palla se dio cuenta de que uno de los indios que acompañaban al extraño hombre habíase escondido y permanecido sigilosamente toda la noche en la choza. Pero ella se encogió de hombros y se limitó a obligarlo a que no abandonara la choza sino cuando ella se lo exigiera. Y no hubo

más, porque el pobre indio permaneció como encadenado a la voluntad de Palla y así fue testigo del amor que empezaron a vivir ella y su jefe. Fue un intenso amor de nueve jornadas o de nueve períodos o de nueve episodios, al cabo de los cuales, ella, Palla, le ordenó al indio esclavo que saliera corriendo hasta donde se hallaban los hombres de su tribu y les dijera que vinieran corriendo a mirar el fruto de su amor. Y él fue y los trajo. Pero cuando sorteaban los pedregales de la planicie los sorprendió el espanto de unos ruidos subterráneos. La tierra entera empezó a temblar como si un castigo inmenso cayera sobre todos. Después se oscureció el cielo, y fuego y humo emergió en densas bocanadas desde las entrañas de la tierra. Todos debieron huir aterrados por los remezones y así permanecieron lejos por muchos días, hasta que la calma tornó al lugar. Ya no llovía ceniza cuando pudieron de nuevo acercarse a la planicie y recorrer sus antiguos rincones. Pero la extrañeza de todos cegueció a los hombres porque ahí donde antes fue planicie y viento, ahora se levantaban dos hermosos cerros iguales, matizados de un dulce color azul, cuyas cumbres subían hasta la felicidad del aire más puro. Y desde entonces los lugareños llamaron a esos cerros "Los Hijos de la Bruja Palla". Pero a los muchos años ya sólo los llamaron como hasta hoy les dicen, Los Pallachatas, o sea, los mellizos.

(Recogida y narrada por el Marqués d'Gris, seudónimo de Alfredo Raiteri Cortés, de Arica).

Estos viejos recuerdos de la lucha por la convivencia muestran todos los matices de lo que debió ser la vida en cada rincón precordillerano o en cada reducto ribereño. Los relatos contienen una idea simbólica en cuyo nudo se encierra la clave de la lucha o del problema.

Otro ejemplo es el siguiente:

Leyenda de Socoroma:

En el valle de Lluta, el camino serpentea entre un acantilado y una angosta quebrada. Camino difícil y áspero, en cuya vera, de repente, se abre una profunda y oculta caverna, de difícil acceso, que nadie ha conseguido recorrerla en toda su

profundidad. Los viejos lugareños cuentan que hace muchos años, pero muchos años, vivía en ella una hermosísima doncella india llamada Camri Ñusta.

Pasaba la vida solitaria y, al parecer, feliz. Siempre se le veía risueña y cantando. Su risa y su voz eran como un dulce aliento. Sus canciones traducían un amor oculto con algo de encantamiento y algo de hechicería.

Quería mucho a los niños y alternaba muy poco con las personas mayores, especialmente con los hombres, aunque éstos fueran jóvenes.

Nadie podía explicarse cómo ella conseguía vivir sin trabajar; pero a nadie le preocupaba porque los niños la querían y ella quería a los niños. Solía acariciarlos y, cuando tenían dificultades con el ganado que andaban pastoreando, siempre estaba atenta para ayudarlos y llevarlos a los ayillos. Así su fama se extendió por toda la región.

Y todo hubiera sido paz entre las gentes si de tiempo en tiempo no hubiera sucedido que sorpresivamente desaparecía un niño sin dejar huellas, y éste andaba por los siete años. En vano los lugareños trataban de encontrar rastros de animales salvajes y en vano destacaron centinelas en los lugares más abruptos de los cerros.

Un día un joven indio se enamoró de Camri Ñusta, pero, apenado por el carácter de la muchacha, se contentaba con contemplarla desde lejos, pues si ella lo veía no tardaba en desaparecer entre los peñascos o en lo más hondo de su morada.

Pero he aquí lo que vio otro día que la contemplaba oculto a la distancia... Vio que por una ladera venía un pastorcillo con su ganado y, por otro, apareció Camri Ñusta y se le acercó. Feliz, el pastorcillo jugueteó con ella y su ganado el día entero, de aquí para allá y de allá para aquí, hasta que, a la puesta del sol, el enamorado joven abandonó el lugar para regresar a su choza, no sin antes lanzarle a Camri Ñusta la última mirada del atardecer, que aún jugueteaba con el niño.

Y ocurrió la sorpresa. Al día siguiente todos comentaban la pérdida del niño y se afanaban por encontrarlo entre las quebradas y los montes.

El joven enamorado no reveló a nadie el secreto de que era dueño y prefirió, en cambio, enfrentar a la misma Camri Ñusta para preguntarle si sabía algo del pastorcillo desapare-

cido. Pero ella, sin negarle el encuentro del día anterior, le refirió que se despidieron cuando lo vio partir de regreso al aylo y que fue en ese trayecto donde desapareció. Después, ella se alejó sonriente como siempre.

Sorprendido el joven, calló; pero tan pronto la vio desaparecer, empezó a rastrear. Sin embargo, lo intentó vanamente porque no encontró rastros ni siquiera de los juegos del día anterior. Asombrado más aún, al ver que la silueta de ella se perdía en la colina vecina, se dirigió a la morada de Camri Ñusta, que era esta caverna de Socoroma, disimulada entre las grandes rocas. Era una angosta abertura por la cual apenas cabía de lado una persona. Seguía un pasillo estrecho que desembocaba en una amplia cavidad semioscura. Y esperó a que los ojos se le acostumbraran para poder mirar. Pero ahí se quedó paralizado de horror: en un rincón se veían cráneos y otros huesos amontonados; un poco más allá, un lecho de lana y hojas secas en la cual se encontraba el pastorcillo profundamente dormido, con una cara placentera y risueña; cerca de él, al alcance de su mano, un tiesto de greda con un líquido blanquecino; en un rincón opuesto, un hornillo de piedras superpuestas en el que se veían restos de comida y de carne calcinada.

Temeroso y confuso salió del lugar y se fue a refugiar al mismo sitio de su escondite, entre las rocas. Pasó horas meditando, como si el peso del destino lo abrumara en su destrucción hasta que a pleno atardecer divisó a lo lejos a Camri Ñusta, que regresaba de sus andanzas. Y sólo entonces el joven enamorado se convenció de que debía revelar su secreto. Pero antes volvió a arrastrarse sigilosamente hasta la entrada y tornó a penetrar en silencio, hasta que sus ojos se acostumbraron a ver. Ahí, más allá de la penumbra, estaba la joven india, sentada, con el niño en sus faldas. Este la miraba con unos ojos desmesuradamente abiertos hasta que dobló su cabecita como si se hubiese dormido. En ese instante, ella, sin dejar de mirar al niño, sacó de su pecho una espina de cactus y le pinchó a un lado del cuello y, cuando vio la sangre que brotaba, acercó sus labios ávidos. Fue entonces cuando el enamorado joven, en el colmo de su desengaño, abandonó el lugar y corrió desesperadamente hasta encontrar a la gente de la tribu. Corrió jadeando y, jadeando, les contó el secreto.

Todos entonces se apresuraron y se lanzaron contra la cueva de estrecha entrada. Y allí la sorprendieron. Pero ella, desesperada, se lanzó contra todos a la lucha hasta que unos brazos fuertes la atraparon con tal violencia, que la vieron caer al suelo, muerta.

Pero he aquí que, entonces, el cuerpo joven de la muchacha se tornó viejo y horrible, como si hubiera regresado a un lejano y extraño estado.

Aún alcanzaron a sacar al pastorcillo y entregárselo con vida a su madre, quien exclamó: ¡suncumallane!... es decir, "vieja bruja".

Y desde entonces ese sector del camino a Socoroma, en el valle de Lluta, se llama Suncumallane. Y dicen que las madres aún ahora les recomiendan a sus hijos que no pasen frente a esa cueva escondida entre las rocas del camino.

(Recogida y narrada por el Marqués d'Gris, seudónimo de Alfredo Raiteri Cortés, de Arica).

La idea del temor es básica y la idea de lucha impone, en cambio, un sacrificio para conquistar la tranquilidad o el bien. Tales elementos se repiten con frecuencia en los relatos aborígenes de la época incaica. Otro ejemplo es el siguiente:

Leyenda del Salar de Pujsa:

Cuentan que en el Salar de Pujsa, antes que fuera salar, hubo un pueblo cuyos hombres eran demasiado guerreros y demasiado agresivos. Atacaban sin ofensa y destruían sin provecho, a tal extremo que despertaron en todos el odio o el temor. Entonces el Rey Inca quiso castigarlos. Sin embargo, antes de proceder y a manera de prueba, los sometió a una advertencia. Ordenó que las tres muchachas más hermosas caminaran hacia él por un sendero muy largo, pero sin mirar hacia atrás. Las niñas salieron en dirección a Múcar, es decir, hacia el oriente, lo que equivale hacia el sol. Pero la primera de ellas no resistió la tentación y regresó la vista. Desde ese momento su cuerpo fue una enorme piedra con una extraña forma humana. Más arriba le sucedió otro tanto a la segunda. Y la tercera, sintiéndose temerosa y solitaria, quiso refugiarse en su aldea.

Entonces, en castigo, el Rey Inca inundó el lugar con las espesas aguas de un lago salobre y sepultó a todos los habitantes para escarmiento de su maldad. El lago borró todo vestigio del pasado pueblo y se convirtió en salar, es decir, en el frío silencio del tiempo.

(Tradicional de la zona de Pujsa).

La Conquista Española:

La Conquista Española fue lenta y brumosa. Las crónicas no hablan de los episodios humanos ocurridos en esta tierra comprendida entre Arica y Copiapó. Y para los capítulos de la Historia, esta zona es demasiado pequeña y olvidada.

Sin embargo, son evidentes algunos hechos.

No fue una tierra "de paso", solamente de paso, hacia las regiones del sur chileno. El ímpetu conquistador pasó y, con el ímpetu, los hombres que lo llevaban. Pero otros, menos aguerridos y quizás menos ambiciosos, prefirieron quedarse en algún rincón propicio y placentero, que los hay muchos. Así recorrieron sus valles y quebradas, y anduvieron por Lluta, Azapa, Pisagua, Tarapacá, Mamiña, Pica, Guatacondo, Quillagua, Chiu-Chiu, Atacama la Grande, Socaire, etc., y por muchos otros rincones donde es fácil y hermoso vivir. Es posible que en este deambular hayan recorrido regiones enteras: tal sucedió con el río Loa, por ejemplo.

Este español que se quedó en estos valles y quebradas y allí echó la semilla de la vida, trajo consigo el proceso de la cristianización. Entonces las localidades, por pequeñas que fueran, tuvieron el nombre de un santo patrono junto a su nombre aborigen. Y se llamaron, por ejemplo, San Marcos de Arica, San Pedro de Atacama, Nuestra Señora del Paposo, San Francisco de la Selva (Copiapó), San Lucas de Toconao, San Andrés de Pica, Santa Guadalupe de Ayquina, etc.

Pero la cristianización fue después de haber encontrado buenas minas o buenos terrenos agrícolas, de donde sacó el metal de sus ambiciones y el vino de sus quebrantos. Así fueron famosos los vinos de Pisagua, que un día probó y aprovechó Drake, el pirata; los vinos de Pica, de Toconao y Chamonate, en Copiapó.

De estos hechos y de estas ambiciones humanas nacieron las luchas con los hombres lugareños y, con ellas, el concierto

de sus relatos y leyendas que cuentan en mucho el alma de la época.

En la franja territorial entre Arica y Pisagua no fue posible la vida en las tierras bajas porque la malaria diezmó a los indios y a los blancos. Y en la franja que viaja desde la pampa de Tarapacá al Sur tampoco fue posible la vida porque la desolada sed del desierto no permitió el sustento. El hombre, entonces, se arrinconó en la precordillera, donde había estado siempre desde que cazaba animales y recolectaba plantas y por donde pasó después el Camino del Inca.

Esa misma es hasta hoy la zona de las leyendas. Para escucharlas, es necesario llegar hasta Matilla o internarse en los poblados de remoto origen, como Ancocollo, Sacsamar o Pachica. Y cada leyenda es un trozo del alma de la época, con el retrato vivo de sus problemas y sus aventuras. Aun las más remotas como ésta:

Leyenda de la Laguna de Relavecota:

En las tierras altas de Putre, al interior de Arica, hay muchas lagunas y lagunillas de hermosas formas. Y entre éstas hay una que ahora llaman de Relavecota, pero que antes, según las crónicas del Corregimiento de Arica, se llamaba Kari-cota o Khoricota, según fuera en aymará o en quechua. Y también aseveran estas crónicas del Corregimiento que esta laguna no existía antes de la llegada de los españoles. Sólo había por ahí unas laderas de cerrillos, entre los cuales, de repente, aparecía el hoyo oscuro de una bocamina, de donde los indios sacaban su oro para pagar en el Cuzco su tributo al inca. Pero esto cesó de pronto, cuando Francisco Pizarro apresó y mató al inca Atahualpa. Y desde esa fecha la custodia de la mina quedó a cargo de un hombre llamado Khorí, o sea, "cuidador de oro" en nuestra lengua.

En verdad, terminó el tráfico de oro, pero no por eso los lugareños olvidaron el sitio y mantuvieron el secreto ante la ambición y la codicia de los conquistadores.

Según cuenta la crónica del Corregimiento, parece que Khorí cegó la bocamina para evitarse así la tentación de todos. Pero, después que él murió, uno de sus descendientes volvió a abrirla y tornó de nuevo a sacar minerales apremiado por la pobreza. Eso sí que sacaba lo justo para aliviar a su gente,

pues debía mandar a venderlo al mismo Arica, precisamente donde hervía la codicia.

Y así sucedió porque tantas veces llegaron a vender pequeñas cantidades de oro que, por pequeñas que fueran, despertaron sospechas y los españoles empezaron sus averiguaciones. Hicieron todo lo posible por descubrir el secreto de esas remesas: averiguaron, interrogaron, maltrataron y hasta llegaron a matar al mensajero, sin que esto último lo supiera el corregidor don Pedro de Montoya.

No todos los indígenas que eran maltratados sabían cerrar la boca y, por muy poco que confesaran, a los españoles les fue posible conocer el derrotero, aunque sin gran seguridad. Pero eso les bastó para emprender la expedición. Iban varios españoles y un fraile mercedario. Marcharon y marcharon, subieron empinadas cuestas y remontaron cumbres, hasta que calcularon haber llegado a la región porque todo coincidía con los detalles. Entonces empezaron a preguntar por aquí y por allá, pero ningún lugareño reveló nada. El fraile mercedario mandó construir una plataforma cuadrada y sobre ella colocó la imagen del Redentor. Y, cuando lo hubo hecho, llamó a los lugareños para oficiar una misa y rogarles la confesión del secreto del oro. Pero tampoco les ablandó la boca. Parecía que estaban condenados a fracasar cuando la suerte los favoreció con un milagro. La tierra empezó a temblar, fuerte, largo, violentamente. Todos se asustaron, pero no por eso los nativos dijeron nada. Salvo que la tierra lo dijo todo porque un deslizamiento en la falda de la bocamina dejó a ésta al descubierto y así los españoles pudieron entrar. ¡Ah, cómo se pusieron estos españoles! Recogieron todo lo que les fue posible recolectar y seleccionar. Piedras claveteadas, piedras metaleras, llampo codiciado y hasta alguna pepita que salió suelta. Y cuando hubieron completado una carga sustanciosa, dividieron el grupo de hombres y a una mitad le tocó quedarse en el lugar custodiando la mina y a la otra mitad le tocó bajar a Arica para preparar los pedimentos y negociar las cargas. Entre estos últimos, por suerte para él, se vino el cura mercedario. Porque a los que se quedaron no les fue tan bien.

Ocurrió que los lugareños, enojados porque los intrusos les profanaban sus tierras y el pasado de sus hombres, empe-

zaron a juntarse y a discutir en secreto, sin que los extraños se percataran de nada. Todo ello sucedió en varios días y en varias jornadas, hasta que terminaron por decidir lo que debían hacer.

Y ocurrió también que los españoles que bajaron a Arica, en cuanto arreglaron sus cosas, sintieron la tentación de volver al lugar de la mina porque la riqueza es mejor cuando se custodia de cerca y porque los que se quedaron cuidando podían también cuidar para sí.

Y ahora prepararon una expedición en regla, con cargas de mulas y con grandes cantidades de víveres, con herramientas y con hombres. Y otra vez caminaron y caminaron, remontaron cuevas y subieron cumbres. Pero grande fue la sorpresa de todos porque, por mucho que recorrieron y remontaron cerros, no encontraron rastros de nada, ni de los hombres ni de la mina. En cambio, una hermosa laguna se extendía donde antes habían acampado; una hermosa laguna de aguas verdosas y tranquilas. Todo lo recorrieron, todo lo registraron, todo lo exploraron por aquí y por allá, pero fue inútil: sólo la laguna verdeaba entre los cerros.

Sólo al cabo de muchos años se filtró el secreto por la rendija del descuido. Y esto porque a los más viejos se les perdió la memoria. Y decían que, cuando menos lo esperaban los españoles que estaban en la mina, un rodado cayó sobre la bocamina y sepultó la entrada y a los hombres. Después, como para borrar todo vestigio, desviaron un riachuelo cuyas aguas formaron la laguna. Todo sucedió entre la sorpresa y el silencio, el mismo silencio que todavía gravita sobre esa tierra, en cuyas entrañas están los españoles muertos y la mina de la riqueza.

(Registrada en "El Corregimiento de Arica", de Dagnino).

La minería de todas las épocas ha sido la fuente de la mayor cantidad de leyendas y, según su forma, es también su antigüedad. Casi todas las leyendas de la Conquista y de los comienzos de la Colonia tienen las características de ésta de la laguna de Relavecota: una riqueza aurífera aterrada o perdida y un grupo de españoles en lucha con el aborigen. En la zona de Guatacondo, en la parte alta de la quebrada, se repite el mismo tema, con los mismos elementos humanos y terres-

tres, salvo la diferencia que la mina se aterró por un temblor y en cuyo interior suelen escucharse gritos de dolor. Pero en todos los casos, invariablemente, jamás se ha vuelto a encontrar la riqueza.

Otra forma legendaria es la que tiene relación con problemas estrictamente humanos, cuyo problema permanece generalmente envuelto en un ensombrecido misterio. Muy curiosa es la forma de ésta:

La Leyenda del Primer Negro en Cuya

El embrujo de Potosí condujo la vida española hacia las altas cumbres cordilleranas. En cambio, Guantajaya alentó las andanzas por la zona costera cercana a Iquique. Y de tarde en tarde, alguna nave repasó las orillas porque siempre había qué mirar en las tierras del reino. Así fue como empezaron a suceder los episodios de la vida de la región.

Don Anselmo Acevedo de Zárate, desengañado de sus amores con una noble dama de Arequipa, decidió buscar un lejano lugar para esconder su desolada existencia. Así llegó en 1563 a la quebrada de Camarones y, a lo que parece, fue el primer español que buscó tierras en ese valle. Eligió como el lugar de su refugio el asiento de Cuya, lugarejo aborígen cercano a la desembocadura de la quebrada y, por lo tanto, próximo al mar. En sus cercanías están Chupicilca y Conanosa, lugarejos igualmente primitivos.

Don Anselmo procedió como todos y, después de buscar el trozo de tierra que le pareció mejor, ordenó desalojar a los naturales y levantar ahí sus murallas. En vano le advirtieron que el valle remontaba hacia mejores tierras y que en Humallani y Talpita la agricultura era más provechosa. Por algo era—según dijeron— que los hombres de ese valle habían elegido desde antaño a Guancarane, allá en lo alto, para asiento de sus viviendas, de su agricultura y de su ganadería. Nada valieron los argumentos ante el deseo de don Anselmo de procurar su soledad.

Era un hombre menudo, sin arrogancia de conquistador y metido en una hirsuta pelambrera de porfiada raíz. Pero tuvo la virtud de llevarse bien con los naturales y pronto fue lo que se podría llamar un hombre del valle. Sin embargo,

repentinamente enfermó y su pequeño cuerpo entró a tiritar encendido por la fiebre. Cada cierto tiempo se repetía el mal y en esos días de enfermedad le parecía que la muerte le rondaba por la pelambrera.

Los hombres del valle conocían la enfermedad y sabían que era de esas tierras. Sin embargo, en el caso de don Anselmo, juzgaron que, además, la culpa podía tener alguna relación con tres negros esclavos que tenía a su servicio en Cuya. Nadie de Camarones había visto antes a un negro y, el verlos ahora, les produjo un extraño temor. Por eso fue que le hicieron saber al enfermo que le proporcionarían las hierbas de los remedios siempre que mandara de regreso a Arequipa a los negros.

Don Anselmo, en cambio, tenía otros quebrantos que no dejaban de preocuparle en medio de su mal, a pesar de las muchas leguas de su antigua ciudad. Su preocupación era que había enriquecido de repente y jamás había podido explicar cómo sucedió tal milagro, porque el oro no le vino ni por minas ni por juego ni por herencia ni por negocios. Y éste fue el motivo de su separación sentimental y, por lo mismo, de su venida a Cuya. Pero en Arequipa tenía un hijo llamado Anselmo como él.

Cuando ya la fiebre quebrantó de tal modo su cuerpo que le pareció estar próximo a la muerte, despachó de regreso a varios servidores y, entre ellos, a dos negros para que condujeran el oro y le hicieran entrega de él y del secreto a su hijo. De este modo, conservó para sus servicios sólo a uno, al más viejo.

Hasta que un día falleció. Tal día los habitantes del lugar apresaron al esclavo negro y lo colgaron de la horca, en la misma forma como lo habían visto hacer en otras ocasiones con alguno de ellos. Por lo menos, así lo contó después el Padre Acevedo, hijo de don Anselmo, en su crónica "De cómo miraron en Cuya al primer negro que llegó a esta tierra".

(Recogida por el autor).

Los milagros de la Cristianización

Al cabo de algunos años, la geografía de la cristianización había distribuido con bastante equidad el mensaje de sus milagros y, de este modo, los ariqueños contaban con la

Virgen de las Peñas; los tarapaqueños, con Nuestra Señora del Carmen de la Tirana; los atacameños, con la Virgen de Santa Guadalupe de Ayquina; y los copiapiños, con la Virgen de la Candelaria. Y esto, sin llegar a las serranías coquimbanas, donde impera la Virgen de Andacollo.

El hombre de la tierra se sometió a las ideas cristianas, pero no las asimiló; repitió sus nombres, pero conservó sus costumbres. Fue más fácil para él aceptar que San Juan fuera el patrono de las ovejas; San Antonio, de las llamas; San Raimundo, de los asnos; San Bartolomé, de las cabras; pero cuando las hilanderas de lana de llama recitaban sus invocaciones, la primera iba dirigida a la Pachamama y sólo a veces aceptaba conciliar a su Pachamama con Santa Ana, patrona de las hilanderas.

Aún hoy la fuerza primitiva impera como ancestro en la festividad de cada región.

El mejor relato de este tema es el siguiente:

Leyenda de la Tirana

Cuando a mediados de 1535 el adelantado don Diego de Almagro salió del Cuzco a la conquista de Chile, al frente de quinientos cincuenta españoles y diez mil indios peruanos, acompañáronle dos hombres que, para los fines de aquella empresa, valían cuanto un ejército entero de auxiliares. Fueron ellos Paullo Tupac, príncipe del linaje de los incas, y Huillac Huma, último sumo sacerdote del extinguido culto del sol.

Tratados ostensiblemente por los castellanos con los miramientos debidos a su elevada jerarquía, no pasaron aquéllos de la condición de prisioneros de ésta, mantenidos en rehenes por el vencedor y destinados a pagar con la vida el menor conato de rebelión de los indios que formaban parte de la expedición.

Es fama que vino secretamente con Paullo Tupac cierto número de wilkas, o capitanes experimentados de los antiguos ejércitos imperiales, y un grupo de sacerdotes cuyos corazones latían al impulso del odio y de la venganza, bajo su aparente humildad y sumisión.

Acompañó a Huillac Huma una hija, nacida en el Cuzco veintitrés años atrás, por cuyas venas corría la sangre de los soberanos Tahuantinsuyu con una intensidad y heroica deter-

minación que ya debieron haber vibrado en las fibras del débil y confiado Atahualpa.

Sabido es de los entendidos en achaques de historia del antiguo Perú, cómo Huillac Huma, desprendiéndose sigilosamente de las huestes castellanas a la altura de Atacama la Grande, al regreso de Chile, huyó a la provincia de Charcas con el objeto de fomentar la rebelión que promoviera en el Cuzco el generoso Inca Manco.

Al alcanzar las huestes sucesivamente a Pica, huyó a su vez Huillac Huma, con idéntico fin, con rumbo a la frontera de Líper, a tiempo que la ñusta Huillac, su hija, seguida de un centenar de wilkas y adictos servidores huía al bosque de Tamarugos silvestres. No está demás agregar que el nombre "Tarapacá" lleva en sí la idea de escondite, o bien, de bosque impenetrable. Tarapacá dice: tara, "árbol" y pacani, "escondarse".

Durante cuatro años Huillac Ñusta, rodeada de sus fieles vasallos, dominó en el bosque. La fama de sus hazañas provocada por su dedicación a la causa de los incas fue más allá de la comarca. Las tribus vecinas y remotas vieron en la animosa princesa la protesta contra la dominación española. Y de los ámbitos inmediatos y lejanos del territorio de Tahuantinsuyu, acudieron a los enmarañados senderos del bosque de los Tamarugos nutridas huestes de hombres dispuestos a sucumbir al lado de la ñusta.

Cada mañana, al asomarse el sol por el perfil de los cerros, adorábanle prosternados, entonando sus cantos de sumisa adoración.

Eran hermosos y profundos los ojos de la ñusta. Mas, así y todo, un algo parecía faltar en ellos. Acaso el fulgor de los ojos que han amado. Y es que por sus pupilas aún no había pasado el fuego sagrado de la pasión.

El *hanaco* confeccionado con lana de vicuña de aterciope-lada suavidad, envolvía en pliegues estatuarios y castos hasta la línea de nacimiento del pie breve, calzado en sandalias de cuero de ante, sujetas con hebillas de oro. Sobre el pecho turgente relucía la tableta sagrada de oro, en cuya superficie se veía representada la imagen del sol.

Rodeado de peligros y acechanzas, aquel puñado de incas valerosos e indómitos viose obligado por el rigor de las cir-

cunstances a hacer frente a sus enemigos y a recibir de los mismos una guerra sin cuartel. Fue regla invariable entre ellos poner a muerte a todo español o indio bautizado que cayese en su poder. Y Huillac Ñusta fue temida por sus enemigos. A treinta leguas a la redonda se repitió su nombre como La Tirana de Tamarugal...

Un día fue traído ante la presencia de Huillac Ñusta un extranjero apresado en las inmediaciones de la selva. Interrogado, dijo llamarse Vasco de Almeyda y pertenecer a un grupo de mineros de las tierras vecinas, pues andaba en busca de la Mina del Sol, cuyo derrotero lo tenía en el destino de su corazón.

Reunidos los wilkas y los ancianos de la tribu, acordaron que se le aplicase la pena ordinaria de la muerte.

El corazón de Huillac Ñusta no había conocido vacilación hasta ese instante; sin embargo, se estremeció de horror al escuchar la cruel e inevitable sentencia. Un sentimiento de inmensa y desconocida compasión brotó de lo más recóndito de su corazón. Una sola mirada del noble prisionero bastó para producir en su ser tan completa metamorfosis. Fue una sola mirada: un todo y un nada incomprensibles y fatales.

Su naciente cariño le sugirió un ardid para prolongar la vida del hombre amado. En su carácter de sacerdotisa consultó los astros del cielo e interrogó a los ídolos tutelares de la tribu y aquéllos, con raro y perfecto acuerdo, le significaron que la ejecución del prisionero se retrasase hasta el término del cuarto plenilunio.

El lapso que significó el designio fue de descanso para los guerreros del Tamarugal. Huillac no repitió durante aquel plazo las correrías asoladoras que fueron en el pasado el espanto de los colonos.

La certidumbre del amor correspondido despertó en sus corazones sensaciones desconocidas y fomentó infinitos párrafos de conversación en cuyo curso sus almas parecieron buscarse y reconocerse para amarse aún más. Y abordaron el tema de sus respectivas religiones.

“De ser cristiana y morir como tal —le preguntó cierto día Huillac Ñusta a Vasco de Almeyda— ¿renacerá en la vida del más allá y mi alma vivirá unida a la tuya para siempre?”

“Sí tal, amada mía” —le respondió.

“¿Estás seguro de ello, *chunco*, verdaderamente seguro?”

“Me manda creerlo mi religión: mi Dios, que es la fuente de toda verdad”.

“Pues bien, bautízame, castellano; quiero ser cristiana; quiero ser tuya en ésta y en la otra vida”.

Su embeleso de mujer amada no le permitía distinguir el ceño adusto de sus wilkas ni el hosco ademán de los sacerdotes ni la reserva glacial de sus súbditos. Pasaban a ratos, sin que ella lo advirtiera, por los ámbitos de la selva soplos de malestar y de rebelión.

Altiva y serena Huillac Ñusta, como quien obra a impulsos de una firme resolución, se dirigió a la fuente que murmuraba en uno de los claros del bosque; seguida de su amante, hincó la rodilla en el césped y cruzó los brazos sobre el pecho en actitud de humilde e inefable espera.

Almeyda cogió agua y, vertiéndola sobre la cabeza de su amada, pronunció las palabras sacerdotales: “Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíri...”. No pudo terminar la frase. Una nube de flechas disparada desde el bosque se abatió sobre ellos. Una más certera le atravesó el corazón.

Huillac Ñusta, herida de muerte, sobreponiéndose a sus intolerables dolores, llamó a su derredor a los wilkas, a los sacerdotes y al pueblo, y les dijo:

“Muero contenta. Si con mi amor y mi conversión lastimé vuestras creencias y causé daño al empeño de nuestra nación, perdonadme. Me resigno a pagar con la vida el que consideráis mi yerro... Pero si queréis que muera tranquila la última princesa del linaje de vuestros incas, la última sacerdotisa del culto del sol, prometedme que me enterraréis con mi amado y levantaréis sobre nuestra común sepultura una cruz... ¡No puedo más!... ¡Adiós para siempre!

Y sobre la cruz rodó el tiempo de noche en noche y de silencio en silencio. La tradición es la voz crédula de los hombres ronroneando la esencia de su saber. Y así se repitió por todas las generaciones este decir.

(Versión de Rómulo Cúneo Vidal.
Hay otras versiones).

Tan hermosa como esta leyenda es la versión de la Virgen de las Peñas, al interior de Arica. Aunque quizás si sus elementos sean menos humanos. Se trata de una hermosa paloma, que ve un hombre que va en busca de leña, en plena serranía, para su propia hoguera, pues está condenado a morir. Y al verla, piensa que si se la lleva al Gobernador, éste le salvará la vida. Y le lanza una certera piedra. Pero he aquí el milagro: de la paloma sale un fuego especial que se graba en la roca y deja las formas de la Virgen.

Otro tanto sucede con las leyendas cristianas de toda la zona norte, donde el imperio de la cristiandad no siempre significó paz y concordia, pero sí expresó belleza y amor.

El Silencio Colonial

El encomendero español, Francisco Cisternas y Villalobos, tomó posesión de la Encomienda del Paposo el año de gracia de 1679. Cisternas era del asiento de Copiapó y pagó al Capitán General del Reino, Juan Henríquez, la señalada suma de catorce pesos de media anta por la merced de mil quinientas cuabras de la Encomienda.

Era un hombre rudo, ávido de oro, poseído por una extraña sed de dominio. El asiento de Copiapó no sació esa sed y, entonces, emprendió el rumbo a ese rincón ribereño del desierto.

El indio era el chango. Su vida, su dios y su alma venían desde el mar. Su temor y esperanza danzaban entre las olas que baten el peñón blanco del rincón de Paposo y la viva playa donde los taltales, varias leguas de costa al sur, vuelan a sus refugios.

Así se formó esta Encomienda. Pero antes, más allá del desierto, hacia el norte en Tarapacá, se habían fundado otras.

Gaspar Loayza llegó a Pica, por los primeros años de la Colonia, después de vencer la travesía de Los Andes. Era nieto de Alfonso Loayza, fundador que fue del mayorazgo de Matilla de la Umbría, en Trujillo de Extremadura. Y vino don Gaspar desde Chuquisaca, siendo hijo del Gobernador del Alto Perú, acompañado por la comitiva que le correspondía. Recorrió el valle que antes de ese tiempo le llamaban Tica (y no Pica) con lo cual querían decir "plantas en la arena" o algo así. Pero a don Gaspar no le gustó la gente del lugar, a pesar de sus aguas

y de sus baños. Entonces, en un lugar no muy distante de la misma región hizo plantar su viña y al solar le dio el nombre de Matilla, en recuerdo del lugar principal de la dehesa de Umbría en España. Levantó también una cómoda y lujosa casa, con múltiples dependencias, en que vivieron vida cristiana su descendencia, relaciones y dependientes, mientras don Gaspar se dedicaba a cuidar las uvas del vino. Y no permitió que nadie más se acercara a estas tierras, salvo que, como él, tuviera buenos pergaminos, porque además de su nobleza, debía cuidar unos naranjos y limoneros que ahí plantó.

Y así fue como antes ya se había fundado otra Encomienda en estas tierras.

Pero no es esto lo importante, porque al cabo de muchos años por todas partes estaban establecidos los españoles y, tal como refieren las crónicas, “numerosos hidalgos consumían sus días en la miseria y en la ociosidad, y estaban ganosos de servir a su majestad y de buscar qué comer”.

Lo importante en verdad es que, lejos de españolizar, es decir, de levantar el nivel regional a la altura de sus hazañas, sucedió lo contrario y así fue que empezaron a verse muchos apellidos Loayza o Cisternas o Almeyda o Pizarro, pero en todos sus rostros perduraba la fuerza morena de la tierra y el hablar aborigen.

Fue como si la Colonia hubiera transcurrido en un gran silencio por todas las partes de esta región.

La Independencia

El norte de Chile era a comienzos del siglo XIX el remoto dominio de la soledad, recorrido a veces por algún aventurero cuyos rastros se perdieron en el silencio del desierto. Muy pocas localidades poblaban sus rincones. Copiapó, en 1810, no pasaba de ser una villa olvidada entre los terrales de las distancias desérticas, donde residía el saldo de una colonia española que había envejecido entre las pobreza de las ilusiones mineras. Al sur de Copiapó, el valle de Vallenar, es decir, el cajón abrupto del río Huasco, más pródigo, reverdecía en la primitiva vida agrícola. Pero hacia el norte, la fuerza del desierto era más poderosa. Por la costa, Paposo, el viejo asiento de la Encomienda de Francisco Cisternas y Villalobos, era la única recalada posible para los cansados galeones españoles.

Más al norte, Cobija y Tocopilla eran rincones changos; Huantajaya (Iquique) era el viejo mineral de plata, abandonado; y Arica, el único puerto importante, embarcaba todavía las cargas argentíferas que viajaban desde Potosí sobre el lomo de las llamas cordilleranas. En el resto de la costa, la soledad del mar batía sus olas contra la soledad de la tierra.

En todas estas orillas la vida fue abriendo sus cauces humanos lentamente. Primero fue la etapa de la minería, en la cual la plata, el oro y el cobre impulsaron a los hombres a su temeraria aventura heroica. Pero casi todos estos mineros debieron contentarse con soñar el milagro de sus distancias y envejecer o morir entre sus sueños. Sólo algunos lograron enriquecer. Tal ocurrió en Copiapó, con Chañarcillo o Los Candelabros o Los Tres Portezuelos; y en Taltal, con Cachinal; y en Antofagasta, con Caracoles; y en Iquique, con Huantajaya, donde tantas veces la risotada de la fortuna envalentonó a los audaces que la perseguían. Y cuando sucedió este milagro, la riqueza trajo consigo la atropellada avalancha de la vida, con todas sus luchas, quebrantos y amarguras. Y detrás de la avalancha continuaron rodando las leyendas.

Leyendas del Camino

Las luces malas que de repente aparecían en algún recodo, precisamente donde la soledad era más espantosa, o el ataúd que también se atravesaba en el camino e impedía que nadie continuara, o las voces dolientes y quejumbrosas que plañideramente pedían socorro como si salieran desde las entrañas de la tierra, o el caminante extraño con el cual se podía conversar de pronto en algún lugar solitario y que, súbitamente, desaparecía cuando todo parecía más normal, y tantas otras cosas empezaron a rodar por los caminos junto a los hombres en sus fatigosas jornadas.

Algo de alucinación y de atormentadas visiones hay en estos relatos. Y el misterio más tremendo se aprieta en sus temas.

Este es un ejemplo claro:

Leyenda del Químal

Cuando en el mineral de Caracoles hubo veinte mil hombres cateando cerros, picando piedras, abriendo bocaminas, pirquineando minerales y haciendo todo lo que ellos hacían, sedien-

tos y hambrientos, era más fácil procurarse los alimentos desde el lado argentino. Si es verdad que para ello tenían que atravesar la cordillera de Los Andes, también es verdad que se evitaban el desierto. Y esto último era peor.

Por eso es que frecuentemente venían desde allá grandes piños de animales con sus arreos de toros para el matadero.

Y cierta vez que traían uno de estos arreos, uno de los arrieros se dio cuenta que, al atravesar la pampa Elvira, al sur del cerro Químal, había quedado atrás un toro, y se volvió a buscarlo. Recorrió una quebrada y otra, remontó una ladera y otra, lo rastreó por este lado y por más allá y así se pasó el resto del día. Hasta que, por rara casualidad, dio de golpe con un hermoso y extraño lugar. Era quizá el lugar más hermoso que alguien pudiera imaginarse. Por todas partes el pasto, los árboles, la fruta y el agua abundaban y se prodigaban generosos, y formaban un ambiente de fragancia como en ninguna otra parte se podía hallar. Y allí encontró pastando al animal perdido.

Entonces el arriero se desmontó, desensilló su animal y se dispuso a pasar ahí la noche, aprovechando el agua, el fresco y la fruta. Y así fue, porque comió tantas ricas brevas y tantas jugosas uvas, que ya no pudo más. Entonces se acordó de sus compañeros y guardó en las alforjas cuanto pudo, para entregárselas cuando los alcanzara. ¡Ah, esa noche se durmió como angelito abrazado por la fragancia del rincón!

Pero al día siguiente ¡oh, al día siguiente!... No había nada, pero nada a su alrededor, sino la más tremenda pampa, como todas las serranías de esos lugares. Ni pastos ni árboles ni arroyos. Pero lo extraño es que ahí estaba el animal perdido y las alforjas continuaban repletas con la fruta de la noche anterior.

Cuando los otros arrieros supieron el hechizo, quisieron regresar a mirar toda la sierra, pero el más viejo les dijo que no porque sería inútil. Y les contó que otra vez volverá a aparecer este vergel, cuando alguien esté sediento y afligido, pero quizás dónde y a quién.

(Citado por Isaiah Bowman en su libro
"Los Senderos del Desierto de Atacama").

Leyendas del Diablo

A lo sagrado y a lo humano, se opuso el Diablo, con su hiriente carcajada de codicias y su abrasadora sed de tentaciones. El minero y el Diablo fueron hermanos gemelos, así como las minas y el Infierno tuvieron los mismos socavones en la tierra.

En Punta Gruesa, cerca de Iquique, cuentan que cada atardecer le aparece a los solitarios caminantes un "Jutre" de risa fuerte y mirada dura. Les tiende con ambas manos la ofrenda de dos manzanas de oro, llamándolos a la tentación. Y se ha dado el caso de más de uno que quiso tomarlas y cayó muerto al instante. Y cada vez que esto ha sucedido, se ha sentido a lo lejos el eco de una risotada estentórea rebotando en los cerros. En cambio, en la vieja minería de Paposo, el "Jutre" les ofrecía un anillo de oro, cuya posesión concedía a sus dueños favores de poder y de riqueza. Hasta que un día el minero Villalobos, valiéndose de las pillerías y argucias con que él sabía adornar sus palabras, encerró al "Jutre" en una caverna, al interior de los cerros, echando a correr un rodado hacia la bocamina. Pensó el minero Villalobos que con eso se acabaría la tentación de las minas de Paposo; pero ocurrió, en cambio, que el "Jutre", enojado y ofendido por la diablura del minero, ordenó con su poder que desapareciera todo el mineral de las vetas que estaban trabajando. Y así, todos los mineros de la zona entraron a empobrecer.

Algunos de estos mineros abandonaron sus cerros y se fueron a otras partes, aburridos de la miseria, porque la pobreza nunca es buena alentadora de la ambición minera. Pero otros, más porfiados y tenaces, sospecharon que el culpable de este percance de que faltara mineral en las vetas era ese tal Villalobos, por tener encerrado al "Jutre" en las entrañas de los cerros. Hasta que llegó un día en que se reunieron y fueron a exigirle a Villalobos que lo soltara. Este comprendió el enojo de sus compañeros porque, al fin, él también estaba en la cuenta de los perjudicados. Y aceptó soltar al "Jutre", pero con una condición: que lo dejaran ir solo, porque solo lo había encerrado y solo quería arreglárselas con el Pije que andaba ofreciendo poder y riqueza con un anillo tentador. Y así fue. Pero desde ese día los mineros tuvieron que arrepentirse de no haberlo seguido a la distancia, como lo hacían cuando seguían a un

cateador afortunado, porque los rastros de Villalobos desaparecieron y, con los rastros, se perdió el cerro donde estuvo encerrado el "Jutre". Y dicen que seguramente ahí está la mejor mina de la región, porque ahí escondió el Malo el mineral de las vetas cuando estuvo prisionero. De Villalobos tampoco se volvió a saber, salvo que murió muy viejo y muy rico en otra mina lejana a Paposo. Y aunque ésta es una historia de los primeros mineros que llegaron a esta costa en la época de la Independencia, todavía buscan los mineros de hoy el derrotero del Cerro del Jutre, en la esperanza de que Villalobos haya dejado alguna seña olvidada o que los años hayan olvidado el suceso.

Y como este relato, hay muchos, pero muchos más.

Las leyendas mineras se repiten de lugar en lugar en toda la zona nortina, especialmente cuando ellas tienen relación con Lucifer, Mefistófeles o Mandinga. Con frecuencia, hay una lucha entre las ofrendas de tentación que hace el Diablo y la cazurrería graciosa del minero, en cuya lucha el Malo sale derrotado y hasta engañado por la malicia del minero. Pero suele darse el caso de que, después de todo, el "Jutre" no resulte tan malo y el minero sepa sacarle algún beneficio a este dueño de las entrañas de la tierra, buscándole los filones de la bondad.

Leyendas de Derroteros

La época minera elevó a la categoría de legendarias las figuras de algunos cateadores cuya existencia fue real. Tal sucede con Naranjo, que dio origen a la Leyenda del Derrotero de Naranjo, en la zona sur de Antofagasta. O bien consagró el recuerdo de algunos bandidos famosos, cuyas historias fueron igualmente reales. Y así sucedió con el Chango Aracena en la minería taltalina y con "El Chichero" en la pampa antofagastina.

Y hecho el cuento, hagamos el recuento:

Variado y extenso es el saber popular nortino reflejado en sus leyendas tradicionales. La ciudad perdida en las primeras épocas de la vida regional y donde todo es fácil y halagüeño; el entierro de una remesa de metal robado y cuyo hallazgo

podría resolver todos los problemas de la pobreza; el personaje sobrenatural o el minero que se elevó hasta la tradición; el lugarejo de vida placentera y olvidada; el Diablo convertido en ratón de cerros; y todo aquello que, corriendo por el río de los años, nos hace temblar la imaginación en las noches en que el desierto parece más grande aún y el aire aletea en ráfagas de misterio y de soledad.

Pero si variado es este saber, no es menos efectivo que en su contenido madura una verdad innegable. ¿Quién se atrevería a discutir el mensaje que las leyendas nos entregan en su entrañable verdad de tiempo y de belleza?

Y valga como razón para afirmar este argumento este hermoso relato incaico que permanece vivo en la zona de Mamiña, al interior cordillerano de Iquique:

Leyenda de Mamiña

Dicen que hubo una vez allá en la tierra de los incas un jefe cuya hija enfermó y empezó a marchitar como las flores. Día a día parecía consumirse más, hasta que ya sus ojos se nublaron en la oscuridad doliente. Alarmado el padre, apeló a la coca y a la quina, cuyas hojas tenían su magia reconocida; pero ni las dos juntas pudieron nada porque ellas hacían su milagro contra el dolor y la fiebre, pero eran ineficaces ante el extraño mal que le consumía las fuerzas de la vida. Fue inútil que el padre apelara a la vila-vila, al pingo-pingo, a la tola-tola, a la rica-rica y a todas las raíces que tenían poderes; la alarma del padre, entonces, llegó a la desesperación y juntó a sus *chasquis* más corredores y conocedores de distancias para que todos salieran a buscar de rumbo en rumbo algo que le sacara el mal de las entrañas y le devolviera las fuerzas de la vida. A todos les ofreció algo por las buenas nuevas: a unos, oro; a otros, tierras; y a otros, poder. El más joven de los *chasquis* entonó su voz y le dijo: “Yo no soy más que un *chasqui*, pero mis piernas pueden devorar todas las distancias y mis ojos conocen todos los rincones de la tierra del sol. Te prometo alcanzar hasta el valle de Chug-Chug, allá en las tierras del sur, donde

viven los atacamas. Si nada encuentro que pueda salvar a Mamiña, la niña de tus ojos, me quedaré en aquel valle hasta que mis ojos se cierren también y mis pasos no tengan retorno. Pero si encuentro algo y ese algo la salva, entonces dejaré de ser un simple *chasqui* y me permitirás que tome a Mamiña por esposa. Así fue hecho el trato y los chasquis partieron, cada uno en una dirección del sol. Y Mamiña, "la niña de mis ojos", como le decía el padre, cada vez más mustia, parecía próxima a morir. Los pétalos de su cara ya no tenían color y las ramas de sus brazos semejaban palos secos; pero lo peor era que sus hermosos ojos parecían dormidos para siempre. Y así pasaron las lunas. Los primeros *chasquis* volvieron con la pena en el silencio y, otros, ni siquiera volvieron. A veces el viento soplaba desde lejanas distancias y su caricia parecía más bien un plañidero lamento. Otras veces el cielo parecía desahogarse en una lluvia de larga pena. Pero una madrugada regresó el más joven de los *chasquis*. Venía con un raro brillo en los ojos y, acezando, contó: "Ah, qué cansado estoy, pero debemos partir inmediatamente. En las tierras del sur un viejo me reveló la existencia de unas aguas milagrosas que devuelven la fuerza de la vida. El nos llevará y ya nos está esperando a la entrada de la quebrada. Pondremos a Mamiña en angarillas y partiremos cuanto antes". Y así fue. Y encontraron la quebrada y el viejo reveló el lugar. Desde el primer instante no les cupo dudas, pues algo en el aire decía que desde esas vertientes cálidas retornaba a germinar la vida. Todos contentos, empezaron los baños de Mamiña. Muy pronto, pues las aguas eran verdaderamente buenas, ya no pareció mustia ni marchita y, por el contrario, el fuego de una alegría sana volvió a encender sus venas hasta que los ojos se abrieron de nuevo y, con ellos, retornó la sonrisa del vivir.

Y, a juzgar por lo que ahora cuentan los lugareños, todos se quedaron ahí en ese valle, porque pasó a llamarse valle de Mamiña, "la niña de mis ojos", y en sus pobladores continúa ardiendo la fuerza de una alegría, como si cada uno llevara por dentro una vertiente de sus cálidas aguas germinales.

(Recogida por el autor).

Y esto es una verdad, si no en el tiempo, por lo menos en la tierra. Porque ésas son las dos dimensiones de la verdad que tienen las leyendas: el tiempo y la tierra. Quien quiera desmentirlas argumentando que en estos relatos se refleja la ignorancia del pasado, será preciso que él regrese al pasado, y piense y sueñe como en el pasado, a ver si es capaz entonces de replicar sus argumentos. Y quien quiera desmentirlas diciendo que la tierra no tiene argumentos ni relatos para las jornadas de sus caminos, será menester que viaje por todos los rincones nortinos, conozca los caletones de la costa y los valles cordilleranos, atraviese el desierto y remonte los riachuelos de sus quebradas, y si alguna vez en estas andanzas se encuentra con una *Apacheta* en medio de la soledad terrible de sus distancias, a ver si es capaz de despreciar las razones de la tradición. ¡A ver!... Porque en ese mismo momento el viento del desierto o el frío cordillerano o la neblina de la camanchaca enturbiará su corazón hasta dejarlo como una pequeña piedra en el camino.

